

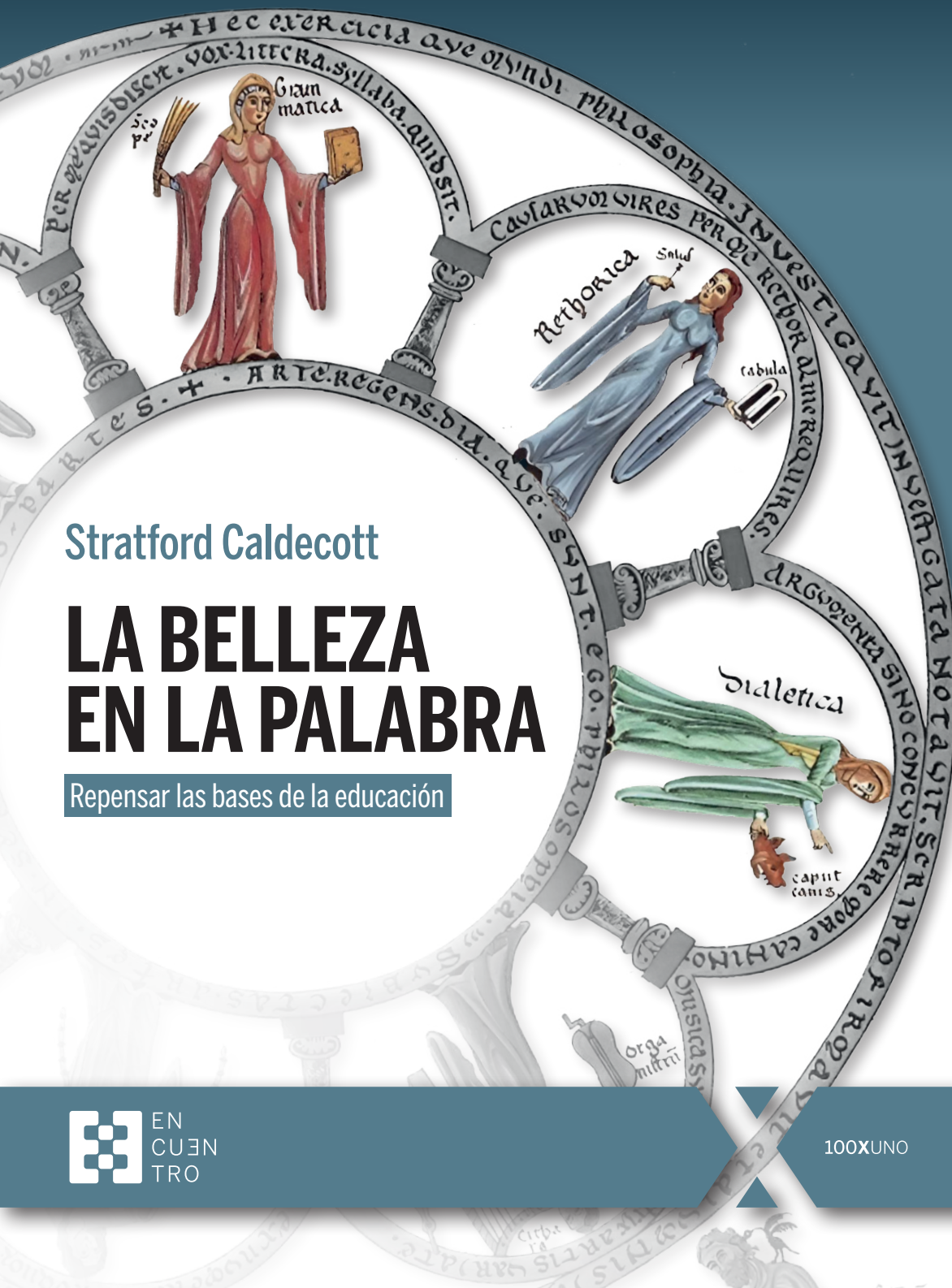
Stratford Caldecott

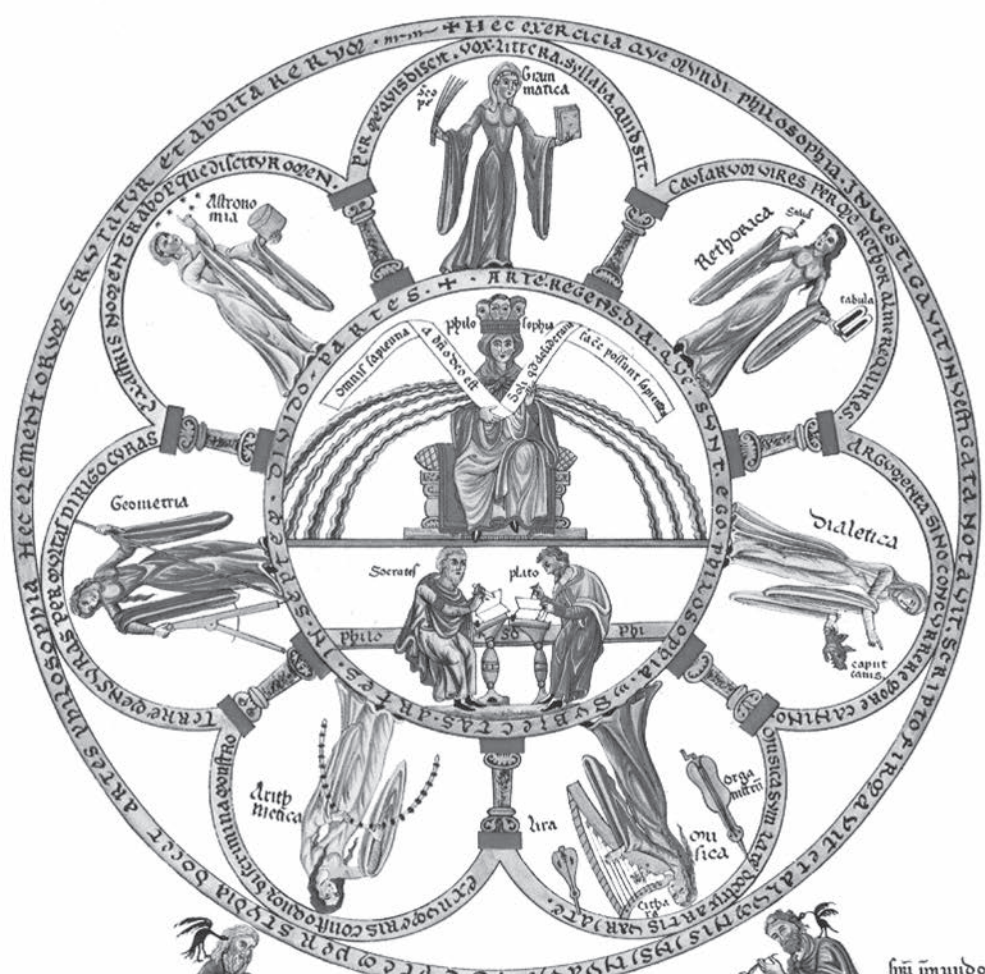
LA BELLEZA EN LA PALABRA

Repensar las bases de la educación



100XUNO





La Belleza en la Palabra



100XUNO

Stratford Caldecott

La Belleza en la Palabra

Repensar las bases de la educación

Traducción de Pedro Lara Astasio

Prólogo de Anthony Esolen



Título en idioma original: *Beauty in the Word*

© Angelico Press Ltd

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2025

Traducción de Pedro Lara Astasio

Prólogo de Anthony Esolen

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 143

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugraf-Madrid

ISBN: 978-84-1339-222-6

Depósito Legal: M-2860-2025

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN	
LA NECESIDAD DE UNAS BASES.....	15
Una educación en la libertad	17
La misión específica de un colegio católico.....	21
El núcleo de este libro	25
Una clave para entender el libro: ocho ternas	26
I. NIÑO, PERSONA, PROFESOR	
EN EL CORAZÓN DE UN COLEGIO CATÓLICO.....	27
El renacimiento del <i>Trivium</i>	28
Centrar la educación en el niño.....	31
Ser un niño	37
La atención.....	41
Una filosofía educativa católica.....	44
II. RECORDAR	
GRAMÁTICA - <i>MYTHOS</i> - IMAGINAR LO REAL.....	51
Poner nombre: la primera de las tareas humanas.....	54
El hombre: mediador.....	57
El acto de recordar y el espíritu de la tradición	61

Anti-tradición y anamnesis.....	64
Defender el arte de la memoria.....	66
El Salón del Fuego.....	70
La música de la Creación.....	76
III. DIALÉCTICA	
PENSAR-LOGOS-CONOCER LO REAL.....	81
Un arte honorable.....	83
Estimular el pensamiento.....	86
Dialéctica para niños.....	88
La búsqueda de la verdad.....	92
Fe y razón.....	96
En busca de unas bases.....	100
La evolución.....	102
Dialéctica.....	104
IV. HABLAR	
RETÓRICA-ETHOS-COMUNIDAD EN LO REAL.....	107
Palabra divina, aliento divino.....	108
Ethos.....	110
¿Quién soy yo, una vez más?.....	112
La recuperación de la libertad.....	115
La forma poética.....	118
El corazón litúrgico.....	122
V. LA SABIDURÍA	
MÁS ALLÁ DE LAS ARTES LIBERALES.....	133
Las otras artes.....	135
La Historia.....	138
Soñando con un colegio católico.....	141

VI. APRENDER EN EL AMOR	
LOS PADRES COMO EDUCADORES	149
Cultivar la imaginación moral	152
La educación del corazón	155
Charlotte Mason.....	157
John Holt	160
La Sagrada Familia.....	163
CONCLUSIÓN	
LA BELLEZA EN LA PALABRA	167
CODA	
SAN JUAN PABLO II.....	173
AGRADECIMIENTOS	175
APÉNDICE	177
1. Las siete artes liberales	177
2. La conciencia.....	180
3. Revoluciones de la información	182
4. <i>Logos</i>	183
5. Una filosofía del Ser (pp. 99; 111; 113)	184
6. Las leyes del pensamiento (P. 105)	187
7. Las teorías éticas (p. 117)	190
8. La Sabiduría: madre de las artes liberales (pp. 17; 133; 169)	192

PRÓLOGO

Me gustaría introducir este maravilloso y tremendamente necesario libro de Stratford Caldecott con una anécdota, seguida de una breve exploración del erial educativo en que nos encontramos. Hace algunos años me hallaba yo en una pequeña librería canadiense durante una feria del libro. Llevaba un rato buscando, pero no encontrada nada de mi agrado. En esto se me acercó una chica joven y me preguntó si podía ayudarme. Trabajaba en la librería y estaba a punto de entrar en una de las universidades más prestigiosas del este de Canadá. «¿Qué tipo de libros le interesan?», me preguntó.

Aquella era una pregunta difícil de responder, porque ella y yo no hablábamos el mismo idioma. Podría haberle respondido: «tratados de filosofía y teología» o «grandes novelas europeas», pero no creo que eso hubiera ayudado en nada. Así que le dije que era profesor de universidad y, cuando me preguntó qué enseñaba, le mencioné a Dante y su *Divina Comedia*.

—No tengo la menor intención de faltarle al respeto a su autor favorito —me dijo sonriendo—, pero nunca antes había oído hablar de él.

Podría multiplicar esta anécdota una infinidad de veces. Por lo que me cuentan mis estudiantes de primer año, en los Estados Unidos los colegios públicos han desechado el estudio de toda narrativa anterior a 1900, y su abandono de la poesía es aún más concienzudo. Unos

pocos estudiantes habrán leído tal vez un soneto de John Donne, generalmente el «Muerte, no seas jactanciosa», o quizá un fragmento del prólogo de los *Cuentos de Canterbury*, de Chaucer. En ocasiones se salva alguna obra de Shakespeare —un *Macbeth* o un *Romeo y Julieta*—, enseñada, naturalmente, sin referencia alguna a la fe cristiana que dio forma al mundo que habitaban Shakespeare y su audiencia. Y no es que su lugar haya sido ocupado por los mitógrafos y poetas americanos por antonomasia. Hawthorne logra colarse en las aulas en contadas ocasiones; Melville y Longfellow, menos todavía. *Huckleberry Finn* es hoy víctima de sensibilidades políticas, pese a la heroica defensa que hace Mark Twain de la bondad y la sabiduría de Jim, el esclavo negro. Robert Frost ha caído en el olvido, incluso en Nueva Inglaterra. James Fenimore Cooper ha caído en el olvido, incluso en Nueva York. Mis colegas británicos me informan de que, si por alguna extraña razón sigo albergando la ingenua idea de que el recuerdo de Wordsworth y Coleridge se mantiene vivo en Inglaterra, estoy equivocado de punta a punta.

Y, sin embargo, este abandono no es lo peor del asunto. Cuando me cuentan qué cosas les hacen leer, me quedo siempre pasmado ante lo que solamente puede ser descrito como una inicua negativa a enseñar cualquier literatura que contenga siquiera un atisbo de belleza real. Están las novelas políticas, la exploración de todo aquello que el mundo moderno tiene de grotesco y chabacano, y los libros que les mandan para «abrirles» la mente, exponiéndola a perversiones sin cuento, una tras otra, con un toque de obscenidad y pornografía para sazonar la ensalada. Los mismos errores pueden apreciarse en el olvido de la Historia en favor de un abigarrado elenco de sucesos de actualidad; o en el abandono de la lógica del lenguaje, esto es, la gramática, en beneficio de la auto-expresión, preferiblemente grosera. Me veo tentado a concluir que solamente hay dos cosas que están mal en nuestros colegios: lo que no enseñan a nuestros hijos y lo que sí les enseñan.

Es aquí donde suelen comenzar las críticas a nuestros colegios, y es también aquí donde suelen acabar. No pretendo negar la validez de

dichas críticas; es un escándalo que los estudiantes ingleses no sepan quién fue Tomás Becket, o que los estudiantes estadounidenses no sepan qué ocurrió en Yorktown. Pero, como bellamente nos muestra Stratford Caldecott en este libro suyo tan urgentemente necesario, estamos sufriendo las consecuencias de un error aún más fundamental. No sabemos qué enseñarles a los niños ni cómo enseñárselo porque no sabemos qué es un niño, y no sabemos qué es un niño porque no sabemos qué es un hombre, ni sabemos quién es Aquel por el cual y para el cual el hombre es.

¿Cuán decisiva es para el educador cristiano, o para cualquier educador de buena voluntad, la revelación de que el hombre está hecho a imagen y semejanza del Dios tri-personal? Esto equivale a preguntarnos por la diferencia que marca el tener en cuenta que un ser humano está hecho, no para el procesamiento de datos, sino para la sabiduría; no para la satisfacción utilitarista del apetito, sino para el amor; no para la dominación de la naturaleza, sino para la participación en ella; no para la autonomía de un yo aislado, sino para la comunión. No es accidental que Caldecott haya estructurado su plan para una verdadera educación sobre la base de las tres vías del *Trivium*, que de por sí reflejan los tres ejes primordiales del ser, revelados por Dios: el conocer, es decir, dar; el ser conocido, es decir, recibir; y el don amoroso. En palabras de Dante:

¡Oh luz eterna que en tu luz te inflamas,
que te comprendes y, de ti entendida,
al entenderte te sonríes y te amas!

Si tuviéramos estas cosas en cuenta, dudo mucho que estabulásemos a los niños en unos almacenes diseñados para la dispensación eficiente de unos servicios de dudoso valor. Y lo que es más importante, desearíamos introducir a los niños en el jardín del ser, el pensamiento y la expresión creados por Dios. Caldecott nos recuerda que, para los educadores medievales, igual que para Platón, la educación era esencialmente musical, una educación en el cosmos u orden amoroso que

nos rodea y nos sostiene. Así, cuando enseñamos a nuestros hijos más pequeños mediante rimas y canciones, no lo hacemos simplemente porque las rimas y las canciones sean, de hecho, unos recursos mnemotécnicos eficaces. Lo hacemos porque deseamos formar sus almas en la memoria: deseamos criarlos como recordadores, como personas nacidas — como señala Caldecott — en unas localidades concretas y entre unas gentes concretas, que tienen una historia concreta y nos piden nuestro amor y nuestra lealtad.

La memoria le da también al niño la fortaleza y la armadura necesarias para lo que viene después, que es el pensamiento propiamente dicho. Le da la fortaleza para buscar la verdad y la armadura para protegerse de las falsedades que se disfrazan de verdad. Con frecuencia oigo decir a padres bienintencionados que ellos no enseñan a sus hijos *qué* pensar, sino *cómo* pensar. Lo que quieren decir con esto es que estimulan el pensamiento genuino, y no la repetición mecánica de lo que el profesor ha dicho. Pero esta forma de ver las cosas es de todo punto inadecuada, porque no tiene su origen en la verdad, ni tiene a la verdad como su fin ansiado. Veámoslo con una analogía. Imagínense a un profesor de arte que dijera: «Yo no enseño a mis estudiantes *qué* dibujar, sino *cómo* dibujar». Pero uno no puede empezar siquiera a dibujar sin saber lo que tiene que dibujar. El *qué* y el *cómo* están inextricablemente ligados. Esto ocurre también con la relación entre la memoria y el pensamiento. La lógica tiene sus reglas, sin duda ninguna; y Caldecott, como sabio socrático que es, hace en ellas el debido hincapié. Pero sabe también que la razón es mucho más que el empleo nominalmente correcto de unas reglas deductivas. La razón implica a toda la mente y a su comprensión de ese *qué* que está fuera de ella: la hierba y los perros y los ríos y la justicia y el amor. Así que el estudio de *cómo* pensar es también una profundización en los primeros recuerdos que uno tiene, en sus primeros encuentros con la verdad. O podríamos plantearlo de otro modo y decir que el Hijo nos revela al Padre, y que el Hijo hace solo lo que ve hacer al Padre.

Mas, ¿qué bien nos reportaría todo esto si pusiéramos la lámpara debajo de un celemín, o si nos retirásemos como gurús a las montañas, buscando un plácido aislamiento alejados de nuestros semejantes? Por esta razón, completa Caldecott su arte de educar con el Hablar: con el Espíritu. Nos recuerda el *ruah* o aliento de Dios, que aleteaba sobre las aguas en la creación; el mismo aliento que inspiró a los apóstoles en Pentecostés. Solo entonces pudieron aquellos hombres comunes y corrientes lanzarse con valor a predicar la buena nueva de Jesucristo. El Señor que hizo hablar a los mudos, hizo predicar a sus discípulos. El arte de la retórica, la tercera vía del *Trivium*, no existe con fines políticos, como pensaban los sofistas de la antigua Grecia, que presumían de poder enseñar a los jóvenes a manipular las asambleas democráticas del modo que se les antojara. El fin de la retórica es hacer atractiva la verdad: llevar a la gente a la verdad mediante la elocuencia, la belleza y el deseo (nacido del amor) de introducir a otros en la comunión de los que buscan la verdad.

Es esta una educación en la realidad: la realidad del mundo y de las personas. Implica, en la memoria, la apropiación de las realidades por parte del niño pequeño; en el pensamiento, la exploración de dichas realidades por parte del niño más mayor; en el habla, la compartición de esas realidades por parte del joven, en el seno de una comunidad. Es una educación que inunda de luz el corazón y la mente. Es como si este hombre sabio y alegre, viéndonos exhaustos, desorientados y descorazonados tras una larga marcha hacia las profundidades de lo anodino, nos estuviera haciendo señas para que ascendamos con él y podamos contemplar de nuevo las estrellas.

Anthony Esolen

INTRODUCCIÓN

LA NECESIDAD DE UNAS BASES

Vivimos en un tiempo en el que muchos padres están tratando de retomar el control de los colegios y de la enseñanza, arrebatándoselo a los políticos y burócratas que se han mostrado indignos de su confianza. En el Reino Unido, algunos políticos están dispuestos a devolvérselo. Nuevas oportunidades de reforma educativa y la creación de academias y escuelas libres, que son comparables a los colegios autónomos americanos, hacen posible una vez más pensar la educación de forma radical. Para poder hacerlo, debemos esforzarnos por entender los elementos y las premisas que posibilitan una buena educación.

En los Estados Unidos, el sistema de educación pública lleva largo tiempo siendo un desastre cultural. La esperanza radica principalmente en el movimiento *homeschooler* y en los intentos de revivir la educación clásica, tanto en el hogar como en un número creciente de colegios y de pequeños *colleges* de artes liberales. Pero es necesario examinar más de cerca la filosofía en que se apoyan esos movimientos.

*Las ideas tienen consecuencias*¹. Dan forma a nuestra sociedad, a nuestra economía, a nuestras vidas. De hecho, el más grave peligro al

¹ Este es el título de un conocido libro de Richard Weaver que ha tenido una gran influencia en el movimiento conservador americano.

que se enfrenta nuestra civilización no es ecológico, sino filosófico. Es la creencia generalizada de que no existe la verdad objetiva, ni una forma «verdadera» de ver el mundo y su historia, sino tan solo una pluralidad de puntos de vista subjetivos, todos ellos de igual valor y merecedores de idéntico respeto. Naturalmente, existen también límites en cuanto a los puntos de vista que merecen ser respetados, y se supone que dichos límites excluyen toda perspectiva que pudiera dar lugar a un comportamiento violento (como el nazismo o el islamismo). Por irónico que pueda parecer, al haber abandonado nuestra sociedad la noción de verdad objetiva, estas opiniones indeseables no pueden ser abordadas de un modo racional. En vez de eso, deben ser simplemente reprimidas, con una violencia más o menos sutil (y que con frecuencia alimenta las reivindicaciones de la comunidad reprimida).

Este libro afirma que necesitamos la verdad. Necesitamos una filosofía que pueda guiarnos mientras fundamos nuevos colegios o enriquecemos y mejoramos los existentes, o mientras tratamos de diseñar un plan de estudios para educar a nuestros hijos en casa. Nuestros planes de estudios se han vuelto fragmentados e incoherentes porque hemos perdido todo sentido de la unidad del conocimiento. Los estudiantes se gradúan con algunos conocimientos de, digamos, los Tudor o la Segunda Guerra Mundial, de la poesía del romanticismo o de astrofísica, sin saber absolutamente nada acerca de otros períodos históricos o de los orígenes clásicos de nuestra civilización. Es como si estuviéramos tratando de construir el último piso de un edificio sin habernos molestado en poner los pisos inferiores y sentar los cimientos. Y lo más importante de todo: toda educación que desee ser eficaz ha de estar basada en el conocimiento de la naturaleza y el propósito de la vida humana, en una «antropología» verdadera o, cuando menos, adecuada. Este conocimiento es lo que el relativista moderno considera imposible. Pero los creyentes afirmamos que la verdad ha sido revelada, por más que nuestra comprensión de la misma sea limitada y poco fiable. Escribo desde el seno de la tradición católica, de

acuerdo con la cual Jesucristo revela el hombre al propio hombre (por tomar una expresión del Concilio Vaticano Segundo²) y le muestra que el amor es el sentido verdadero del mundo.

En el amor vemos la belleza que mueve el sol y las estrellas³, la belleza que reúne a todas las ciencias y artes del hombre en una visión integral de la realidad. Esta es la belleza de la Sabiduría, «que a todo movimiento supera en movilidad», que es «un reflejo de la luz eterna»⁴. Es el amor a la Sabiduría el que inspira la filosofía educativa católica.

UNA EDUCACIÓN EN LA LIBERTAD

Queremos una educación que nos prepare para conocer la verdad que nos hará libres. «Todos los hombres desean por naturaleza conocer», dijo Aristóteles⁵. Todos los hombres desean conocer la verdad, conocer la realidad. Hay muchos que desean engañar a otros, pero pocos hay que deseen ser engañados (y, por ende, esclavizados) por otros.

Idealmente, el catolicismo lleva a su plenitud y perfección el proceso educativo natural, que es la transmisión, en libertad creativa, de una tradición cultural a nuestros hijos. Este libro parte de la premisa de que la tradición educativa concreta a la que pertenece el lector, sea este católico o no, es la de la civilización occidental. Dicha tradición está íntimamente ligada a lo que se conoce como «artes liberales». Las artes liberales son un hilo dorado que tiene su origen en la

² Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 1ª parte, cap. I, 22. (ndt)

³ Alusión a Dante, *Divina Comedia, Paraíso*, XXXIII, 142-145. (ndt)

⁴ Sb 7, 24.26. Para una exploración más extensa de la Sabiduría, véase la nota 8 del apéndice de notas. En la versión original, las citas bíblicas se dan según la traducción inglesa autorizada por el rey Jacobo I Estuardo, conocida como *King James Version*, o simplemente KJV. Salvo que se indique lo contrario, en español utilizaremos siempre la traducción de la Biblia de Jerusalén. (ndt)

⁵ Con esta frase comienza la *Metafísica* de Aristóteles.

antigua Grecia, en Pitágoras y sus sucesores, tanto cristianos como musulmanes, y muy especialmente en san Agustín; un hilo que recorre todo el tapiz de la historia de nuestra civilización. Estas artes tenían como objetivo el cultivo de la libertad y la elevación de nuestra humanidad al nivel más alto posible.

Antiguamente, las artes liberales estaban reservadas a una élite: una élite de hombres y de hombres libres; las mujeres y los esclavos estaban excluidos. Hoy en día, en las sociedades democráticas, todos los hombres y mujeres participamos juntos en el gobierno de nuestra sociedad, aunque sea solo mediante la elección de representantes que gobiernen en nuestro nombre, y la educación antaño reservada a los aristócratas es ahora una cualificación necesaria para todo el mundo. Si todos hemos de gobernar, todos necesitamos convertirnos en gente sabia, y la clave de la sabiduría es entender la unidad o interrelación de todo el conocimiento humano. Es aquí donde entran en escena las artes liberales.

Las artes liberales eran siete, y las tres primeras, el *Trivium* («tres vías»), que son el objeto del presente libro, versaban sobre el uso de los *símbolos verbales* en el pensamiento y en la comunicación. Estas tres artes eran la Gramática, la Dialéctica (también llamada Lógica) y la Retórica. En la Alta Edad Media, Hugo de San Víctor describía como sigue esta tradición: «La gramática es la ciencia que permite hablar sin error; la dialéctica es la discusión clarividente que separa lo verdadero de lo falso; la retórica es el arte de convencer de todo aquello que es conveniente»⁶. El segundo grupo, las «cuatro vías» o *Quadrivium*, versaba sobre el uso de los símbolos matemáticos en la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía⁷.

En años recientes, las tres primeras, las artes del lenguaje, han sido marginadas del pensamiento educativo y de los planes de estudios. En

⁶ Hugo de San Víctor, *Didascalicon*.

⁷ Véase la nota 1 del apéndice de notas para un resumen de la historia de las artes liberales.

este libro me interesa no tanto la realización histórica de este ideal en la Edad Media —que distó siempre de ser perfecta— cuanto la inspiración que se escondía tras ella. Deseo hallar en las artes liberales una inspiración para nuestro presente. Esta es la razón por la cual el lector verá que el capítulo dedicado a la Gramática lleva por título «Recordar», el capítulo dedicado a la Dialéctica lleva por título «Pensar» y el capítulo dedicado a la Retórica lleva por título «Hablar». Quería hacer hincapié en el hecho de que estamos discutiendo las capacidades fundamentales de la humanidad. Así, en el «Recordar» reflexiono sobre el nacimiento del lenguaje y sobre el modo en que el Ser se revela a sí mismo en el habla. En el «Pensar» abordo más concretamente el uso del lenguaje como medio para revelar *lo que es verdadero* y lo que no lo es, y la cuestión de cómo sabemos cuál es cuál. Y en el «Hablar» me centro en cómo *comunicamos* a otros lo que sabemos, en el seno de una comunidad moral de personas libres.

Necesitamos también prestar algo de atención a las bellas artes, por no hablar de la historia y del estudio de la naturaleza, con frecuencia ignoradas en el enfoque de la Educación Clásica basado en los «Grandes Libros», pero sin duda esenciales para un plan de estudios equilibrado. En ningún momento se pretendió que las siete artes liberales constituyesen la totalidad de la educación. Estaban insertas en una tradición más amplia de *paideia* o formación humana, que incluía la «gimnasia», para la educación del cuerpo, y la «música», para la educación del alma (aunque estos términos han cambiado y estrechado su significado a lo largo de los siglos). La misión de las artes era preparar el terreno para la búsqueda de la sabiduría y la verdad en la filosofía y la teología. El elenco completo de materias a estudiar iba desde las habilidades prácticas asociadas con las artesanías y los oficios (*techné*), hasta las más altas cumbres de la sabiduría (*sophia*). Hoy, en esas habilidades prácticas se incluiría una cierta familiaridad con las máquinas y los ordenadores. La capacidad de pensar de forma crítica e independiente es una parte de esta tradición, pero no está separada de las virtudes morales. El pensamiento conceptual y dialéctico no

es la más elevada actividad humana, pues por encima de ella están la contemplación y el desarrollo del espíritu mediante el amor.

En *Beauty for Truth's Sake* he escrito ya acerca del «desencantamiento» del mundo que aconteció en la era moderna. *Hemos sido educados para creer* que el significado y el propósito, si es que existen, no provienen de un Creador o fuente divina, sino que es el hombre quien los inventa y se los impone al mundo. Si, como sociedad, estamos de acuerdo en torno a ciertos valores, ello se debe a que hemos negociado dicho acuerdo mediante los procedimientos del mercado o del Estado, y no a que nos hayamos sometido a una verdad objetiva. En dicho libro escribí acerca de la necesidad de recuperar un modo «poético» de conocer el significado de las cosas, que pasa por volver a forjar la conexión entre el yo y el mundo. El yo no es una substancia separada, condenada a observar el mundo desde la distancia, sino que puede entenderlo desde dentro gracias a una especie de simpatía imaginativa, aprendiendo a leer (al principio de forma ingenua, sin duda) el lenguaje de la naturaleza.

Pero ¿qué clase de educación capacitaría a un niño para progresar en el entendimiento racional del mundo sin perder por ello su apreciación poética y artística del mismo? Es esto lo que ando buscando en el presente libro. Por inadecuadas que puedan ser mis respuestas, estoy convencido de que mis preguntas son válidas. La racionalidad y la poesía, las ciencias y las artes, no son necesariamente opuestas. Después de todo, los grandes avances científicos han sido fruto de hazañas imaginativas, tanto como de proezas de observación y cálculo. (Piensa aquí uno en Einstein tratando de imaginarse a sí mismo corriendo junto a un haz de luz, o comparando en su ojo mental la experiencia de estar en un ascensor en caída libre con la de flotar libremente en el espacio. Sobre la base de estas proezas de la imaginación desarrolló después las teorías de la relatividad especial y general.) Ha de ser posible utilizar esta conexión intrínseca entre la razón y la imaginación para superar la alienación que hoy existe entre las humanidades y las ciencias.

La idea central del presente libro es muy sencilla. Este libro defiende que la educación no consiste principalmente en la adquisición de información. Ni siquiera consiste en la adquisición de unas «habilidades» en el sentido habitual del término, como algo que nos prepara para desarrollar unos roles concretos en la sociedad. El objeto de la educación es hacernos más humanos (y, por ende, más libres, en el verdadero sentido del término). Es esta una cuestión más amplia y profunda, pero no por ello menos práctica. Con demasiada frecuencia hemos dejado de educar nuestra humanidad. Hemos estado educándonos para *hacer*, más que para *ser*. Vivimos en una civilización excesivamente activista, en la que la contemplación y la interioridad son a menudo denostadas y suprimidas en aras de la mera acción-reacción. La tarea que tenemos ante nosotros no consiste solamente en renovar las bases de la educación, sino en redescubrir nuestra propia relación con el Ser (el secreto de la infancia) y nuestro lugar en un cosmos que es *bello en la Palabra*.

LA MISIÓN ESPECÍFICA DE UN COLEGIO CATÓLICO

Resultará evidente que este libro está dedicado en buena parte, aunque no de modo exclusivo, a los católicos. En el discurso que dirigí a los obispos del Reino Unido durante su visita en septiembre de 2010 (como ha hecho en muchos otros discursos pronunciados en diversos países occidentales), el papa Benedicto XVI insistió en que la Iglesia está llamada a una Nueva Evangelización, ante «la necesidad urgente de anunciar el Evangelio de nuevo en un entorno altamente secularizado». Esto tiene implicaciones para la educación, pues, como la Iglesia repite con frecuencia, un *colegio católico es por naturaleza un lugar de evangelización*. «La misión de la Iglesia es evangelizar para la transformación interior y la renovación de la humanidad. Para los jóvenes, el colegio es una de las formas en que esta evangelización puede tener lugar»⁸.

⁸ Congregación para la educación católica, *Dimensión religiosa de la*

La Belleza en la Palabra

La Belleza en la Palabra es una contribución única para devolver la realidad al centro del aprendizaje. A los interrogantes ¿qué es una buena educación? o ¿para qué sirve?, Stratford Caldecott ensaya una respuesta arrojando una nueva luz sobre las tres artes del lenguaje. En esta maravillosa reformulación del *Trivium* se exploran la gramática, la dialéctica y la retórica en correspondencia con los actos de recordar, pensar y comunicar. Estos son los pasos fundamentales que todo estudiante (y todo aquel interesado) debe dar hacia la conversión del corazón y la mente, de modo que se pueda vivir en plenitud la búsqueda de la Verdad, el Bien y la Belleza. Si le preocupa el verdadero significado de la educación, este es el lugar por donde empezar.

«En este libro perspicaz, Stratford Caldecott ha presentado una manera de entender la educación en un sentido que incluye la filosofía, la teología, las artes, la literatura, los estudios de la belleza y la verdad y lo que es bueno. Un libro poco común que entiende la unidad del conocimiento y lo que queremos saber».

James V. Schall, S.J., Universidad de Georgetown

Depósito Legal: M-2860-2025

ISBN: 978-84-1339-222-6

